

Umbral, entre la memoria y la amistad

Amigos y compañeros del escritor le rinden homenaje en El Escorial

ANTONIO LUCAS / El Escorial (Madrid)
Tiraba la noche montaña arriba. La oscuridad con su lenta campanada, con su risa de julio y sus lentos alcoholes. Los Cursos de Verano de El Escorial impulsados por la Universidad Complutense empiezan su travesía. Y Francisco Umbral está en esta primera semana como mascarón de proa, tótem macho. En el encuentro dirigido por César Antonio Molina, *De Larra a Umbral*, se celebra la ancha estela del escritor, del articulista, del dandi arrebatado, del creador de máscaras de sí mismo.

Y en la noche del miércoles el ciclo tuvo su cima. No se aceptaban ya letanías académicas, ni el pomposo réquiem de esos homenajes que al final entierran más hondo a los difuntos. Se trataba de celebrar, de poner en palabras minuciosamente la memoria de Umbral, de callejear por sus días de vivo y su escritura, amando en voz alta anécdotas, aventuras, todo lo que de amistad y subterbiol acumula el hombre.

Condujo la cita Manuel Hidalgo. Y con un micrófono sin cable, que ru-

de presidentes a ladrones. Pero sobre todo he tenido la suerte de ser amigo de Umbral. Siempre me trató como a un hermano pobre. Lo conocí cuando bebía leche tibia y después whisky con optalidones. Terminamos cenando con premios Nobel. Él, que todo lo convertía en literatura, como Baudelaire, escribió una vez que me dejó un gabán, una novia y un trabajo. Sólo es verdad lo último. Podía ser agrio o raro, pero hacia mí manifestó una gran ternura. Por eso aún hoy me bebo sus hallazgos. Mucho de lo que soy se lo debo a él».

La sastrería de palabras continuó. La sala era un cuarto de costura con ráfagas de memoria. Perdía ya el tiempo sus relojes. Y Umbral quieto, con su distancia de gato en la fotografía, con su sistema de defensa contra el olvido.

Lourdes Ventura recordó los años del Café Gijón, aquel estraperlo de madrugadas. Aquel hombre alto reflejado en todos los veladores, controlando la noche que atrás deja. Y después Jesús Ferrero, primo lejano de la mujer del escritor, María España, en las aldeas de Zamora: «Iba a nuestro pueblo en invierno, andando cuando todo estaba nevado. Iba para ver a España, a su novia. Y así que llegaba enfermo. Sólo España conoce los secretos de su alma».

Él no los desveló. Les dio vida nueva, les cambió la geografía biográfica. Se inventó a sí mismo jurando el verso de Rimbaud: *Yo soy otro*. Su editora en Planeta, Ana D'Atri, responsable de las publicaciones de ficción, recordó que los privilegios de estar a su lado exigían una completa atención: «Hasta el punto de atender su llamada desde un probador y en bragas. Había que tratar ese día la portada de *Un ser de lejanías*, el retrato suyo que llevaría el libro. A Paco le importaba su imagen, mucho. Era una parte de sí mismo».

De nuevo el periodismo como motor de explosión hizo de quilla en el acto. Juan Cruz recordó aquellos días efervescentes de la fundación de *El País*, donde Umbral asumió tribuna *-Spleen de Madrid-* y otras aventuras: «En sus columnas de la Transición convenció a la gente de que este podía ser un país divertido. La generación de los que llegamos al oficio después que él hemos vivido el fulgor del periodismo, porque entre otras cosas nos explicó que la vida podía contarse de otra manera. El suyo fue un canto de esperanza por un periodismo que podía darnos ejemplo... Y hoy sólo melancolía».

En EL MUNDO apuró su edad Francisco Umbral. Murió el 28 de agosto de 2007. La última columna, recordó el redactor jefe de Cultura, Manuel Llorente, la dedicó a Eugenio d'Ors: «En aquel tiempo, por Madrid, los escritores iban de escritores por la calle, porque había una cultura general y viandante... Ahora, si



De arriba a abajo y de izqda. a dcha., Manuel Llorente, Raúl del Pozo, Juan Cruz, Manuel Hidalgo, Lourdes Ventura, Máximo San Juan, Fanny Rubio, Leticia Espinosa de los Monteros, Ana D'Atri, Jesús Ferrero, Pepe Martín, María España y César Antonio Molina, anteayer, en los cursos de verano de El Escorial, antes del homenaje a Umbral. / SERGIO GONZÁLEZ

Volaron por la sala anécdotas sobre su vida y sobre su escritura

«Todo lo convertía en literatura, como Baudelaire», afirma Raúl del Pozo

ló por la primera fila del auditorio como un último grial de megafonías, la madrugada se fue trenzando sola. Los invitados armaron sus testimonios, el azúcar de sus días con Umbral. No hubo cuchillos de latón ni traiciones periféricas. Y entre recuerdo y recuerdo, el actor Pepe Martín leyó en voz alta poemas del autor de *Crímenes y baladas*.

Un retrato del escritor a tamaño natural, con Olivetti y foulard, sirvió de muro de confesiones, como un decimal necesario para el exorcismo y la contabilidad de las anécdotas.

Inauguró la ronda Fanny Rubio. Y estos cursos de verano fueron el primer motivo: «En una ocasión se le ocurrió hacer un ciclo que incluyese a los rojos del mundo. Decía: 'Quiero tener a todos los rojos del mundo'. Y trajo a Saramago, a Ernesto Cardenal, a Carrillo, a Kabila, que era presidente del Congo... Así era Paco. Las veladas eran fascinantes».

Turno de otro icono de la tribu, Raúl del Pozo. Articulista y novelista. «Gracias al periodismo he conocido a mucha gente importante: des-

La última cultura de los diarios

MARTA MEDINA / El Escorial
En la última de las ponencias dedicadas a Umbral fueron José María Pozuelo-Yvancos, catedrático de la Universidad de Murcia, y la escritora Fanny Rubio quienes retrataron su perfil y la magnitud de su presencia, ya no sólo en el periodismo y la literatura, sino en la filosofía y la historia de

España. «El hijo pródigo de Goya, de Ramón Gómez de la Serna, de Valle-Inclán, de Quevedo» para Pozuelo-Yvancos, quien analizó a través de 'Trilogía de Madrid' «un libro bisagra entre la ficción y la biografía» la relación del autor con la capital del Reino.

Para Fanny Rubio, Umbral tuvo la suerte

«o la desgracia» de venir a nacer en la última cultura en la que los periódicos no sólo son pragmatismo, sino megáfono de opiniones. No fue un periodista noticioso, como tampoco lo fue Clarín; es más, ambos se jactaban de no pertenecer a la raza de plumillas de política, sino a la de ensayistas de la vida. Umbral generalizó el

lector que siempre empieza el periódico por la página final.

Ya no quedan osados con la onda expansiva de los casi 14.000 seísmos en forma de columnas donde Umbral provocaba amores y desamores. Ya no quedan incendiarios como Umbral en su «lapsus del ABC», que en 53 días pasó de fichaje estrella a amotinado en desempleo por dedicarle unas palabras a Tejero.

quieres conocer una verdadera cultura tienes que irte al fútbol», escribió. Y Llorente lo dibujó anteayer en poema: «Dicen -y puede que haya que creerlo- que andas por las redacciones a lomos de un unicornio/ con una navaja transparente de me-

táforas/ y la voz hecha una ruleta rusa de poemas...».

En el Instituto Cervantes de Sao Paulo le pusieron su nombre a la biblioteca. Rescató este dato César Antonio Molina. A Umbral no le extrañó aquella rara propuesta: «Porque

en Brasil hay unas mulatas cojonudas», atajó. Eso le satisfacía.

Y la noche montaña arriba, con su tacto mate y su silencio visible, su escritor recordado y sus gatos de jerga. No hacía frío ni calor, sino Umbral por todas partes.